

## FOUCAULT, LA FEMINIDAD Y LA MODERNIZACIÓN DEL PODER PATRIARCAL<sup>1</sup>

Sandra Lee Bartky<sup>2</sup>

En una crítica impactante de la sociedad moderna, Michel Foucault ha argüido que el surgimiento de las instituciones parlamentarias y de nuevas concepciones de la libertad política se vio acompañado por un movimiento contrario tenebroso, es decir por la emergencia de una nueva disciplina sin precedentes dirigida contra el cuerpo. Se requiere ahora del cuerpo más que una mera alianza política o la apropiación de los productos de su trabajo: la nueva disciplina invade al cuerpo y busca regular sus mismas fuerzas y operaciones, la economía y eficiencia de sus movimientos.

Las prácticas disciplinarias que Foucault describe están ligadas a formas peculiarmente modernas del ejército, la escuela, el hospital, la prisión, y la fábrica; el objetivo de estas disciplinas es aumentar la utilidad del cuerpo, aumentar sus fuerzas:

Lo que se estaba formando era una política de coerciones que actúan sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, sus gestos, su comportamiento. El cuerpo humano estaba entrando en una maquinaria de poder que lo explora, lo descompone en sus partes y o reorganiza. Una «anatomía política», que a la vez era una «mecánica del poder», estaba naciendo; definía cómo una podía tener control sobre los cuerpos de otros, no sólo para que hagan lo que uno desea sino para que funcionen como uno desea, con las técnicas, la velocidad, y la eficiencia que uno determina. Así, la disciplina produce cuerpos sometidos y practicados, cuerpos «dóciles» (Foucault, 1979).

La producción de «cuerpos dóciles» requiere que una coerción ininterrumpida se dirija a los mismos procesos de la actividad corporal, no sólo a sus resultados, esta «microfísica del poder» fragmenta y

parcela el tiempo del cuerpo, su espacio, y sus movimientos (Foucault, 1979: 28).

El estudiante, entonces, se ve enclaustrado dentro de un aula y asignado a un pupitre que no puede abandonar; su rango en la clase puede leerse a partir de la posición que ocupa su pupitre en el espacio segmentado y ordenado en serie del aula misma. Foucault nos dice que «Jean – Baptiste de la Salle soñaba con un aula en la cual la distribución espacial pudiera suministrar toda un serie de distinciones simultáneamente, de acuerdo al progreso del estudiante, su valor moral, su carácter, su grado de aplicación, su higiene, y la fortuna de sus padres.» (Foucault, 1979: 147). El estudiante debe sentarse erecto, los pies sobre el piso, la cabeza erguida; no debe encorvar la espalda, y debe quedarse quieto; su cuerpo animado entra en una correlación fija con el pupitre inanimado.

La minuciosa descomposición de cada gesto y cada movimiento que se exige a los soldados en sus ejercicios es todavía más implacable:

Traer el arma hacia delante, en tres etapas. Alzar el rifle con la mano derecha, acercándolo al cuerpo de modo que se sostenga en posición perpendicular a la rodilla derecha, la punta del barril a nivel de ojo. Asirlo golpeándolo con la mano derecha, el brazo sostenido muy cerca del cuerpo a la altura de la cintura. En la segunda etapa, traer el rifle al frente de la cara con la mano izquierda, el barril en el medio, entre los dos ojos, vertical, la mano derecha asiéndolo en la parte más pequeña de la cacha, el brazo estirado, la guarda del gatillo descansando sobre el dedo índice... (Foucault, 1979: 153).<sup>3</sup>

Estas articulaciones «cuerpo – objeto» del soldado y su arma, del estudiante y su pupitre, efectúan un «vínculo coercitivo con el aparato de producción».

<sup>1</sup> Este artículo es un capítulo de la obra de Bartky, *Femininity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*, New York: Routledge, 1990. Traducción de Gabriela Castellanos.

<sup>2</sup> Profesora Emerita de Filosofía y Estudios de Mujeres de la Universidad de Illinois en Chicago. Ph.D. en Filosofía de la Universidad de Illinois en Urbana. Autora, entre otras, de las siguientes obras: *Femininity and Domination: Studies in the Phenomenology of Oppression* (Routledge, 1990) y *Revaluing French Feminism: Essays on Difference, Agency and Culture* (Indiana University Press, 1992). Ha recibido varios premios por excelencia en la docencia.

<sup>3</sup> Foucault está citando un manual militar del siglo XVIII del ejército francés.

Estamos en verdad lejos de formas más viejas de control, que «demandaban del cuerpo sólo señales o productos, formas de expresión o el resultado del trabajo» (Foucault, 1979:153).

El tiempo del cuerpo, en estos regímenes de poder está tan rígidamente controlado como su espacio: el silbato de la fábrica y el timbre del colegio marcan una división del tiempo en unidades discretas y segmentadas que regulan las diversas actividades del día. El siguiente cronograma, similar en espíritu al ordenamiento del aula de primaria donde yo estudié, fue sugerida para las ‘ecols mutuelles’ francesas de principios del siglo XIX:

8: 45 entrada del monitor, 8: 52 llamada del monitor, 8: 56 entrada de los niños y oración, 9:00 los niños van a sus bancos, 9: 04 primera pizarra, 9: 08 fin del dictado, 9: 12 segunda pizarra, etc. (Foucault, 1979:150).

Un control así de rígido y preciso no puede mantenerse sin una vigilancia minuciosa e implacable.

El diseño de Jeremy Bentham para un panóptico, una prisión modelo, capta para Foucault la esencia de la sociedad disciplinaria, en la periferia del panóptico, una estructura circular; en el centro, una torre con ventanas amplias que se abren hacia el lado interno del anillo. La estructura de la periferia está dividida en celdas, cada una con dos ventanas, una que da a las ventanas de la torre, la otra que da hacia el exterior, permitiendo lograr un efecto de iluminación desde atrás para hacer visible a cualquier figura que esté dentro de la celda. «Todo lo que se necesita, entonces, es ubicar un supervisor en la torre central y encerrar en cada celda un loco, un paciente, un hombre condenado, un trabajador o un escolar» (Foucault, 1979:200). Cada recluso está solo, aislado de toda comunicación efectiva con sus compañeros, pero constantemente visible desde la torre. El efecto de esto es «inducir en el recluso un estado de visibilidad conciente y permanente que asegura que el poder funcionará de manera automática»; cada uno se convierte en carcelero de sí mismo (Foucault, 1979:201). Este «estado de visibilidad conciente y permanente» es indicio de que el control disciplinario, estrecho, del cuerpo se ha apoderado

también de la mente. En la auto vigilancia perpetua del recluso yace la génesis del famoso «individualismo» y la auto conciencia realizada que son la marca de los tiempos modernos. Para Foucault, la estructura y los efectos del panóptico resuenan a través de toda la sociedad: ¿puede sorprendernos entonces que «las prisiones parezcan fábricas, escuelas, cuarteles, hospitales, todas las cuales se parecen a las prisiones?» (Foucault, 1979:201).

El relato de Foucault en *Vigilar y castigar* sobre las prácticas disciplinarias que producen los «cuerpos dóciles» de la modernidad, es un verdadero *tour de force*, incorporando una versión altamente teórica de las formas en las cuales la razón instrumental se apodera del cuerpo, con detalles históricos masivos. Pero a lo largo del libro Foucault habla del cuerpo como si fuera uno, como si las experiencias corporales de hombres y mujeres no difirieran, y como si los hombres y las mujeres tuvieran la misma relación con las instituciones características de la vida moderna. ¿Dónde está el relato de las prácticas disciplinarias que engendran los cuerpos dóciles de las mujeres, cuerpos más dóciles que los de los hombres? Las mujeres, como los hombres, están sometidas a muchas de las mismas prácticas disciplinarias que Foucault describe. Pero este autor está ciego a aquellas disciplinas que producen una modalidad de incorporación que es peculiarmente femenina. Ignorar las formas de sujeción que engendra el cuerpo femenino es perpetuar el silencio y la impotencia de aquellas sobre quienes se han impuesto estas disciplinas. Por lo tanto, aún cuando la crítica del poder de Foucault hace resonar una nota libertaria, su análisis en su totalidad reproduce ese sexismo que es endémico a todo lo largo y ancho de la teoría política occidental.

Nacemos hembras o varones, pero no masculinos ni femeninas, la feminidad es un artificio, un logro, «un modo de actuar y de volver a poner en escena normas de género recibidas que emergen como un número de estilos de la carne» (Butler, 1985:11).<sup>4</sup> En lo que sigue, examinaré aquellas prácticas disciplinarias que producen un cuerpo el cual en gesto y en apariencia es reconociblemente femenino. Considero tres categorías de tales prácticas: aquellas que buscan producir un cuerpo de un cierto tamaño y configuración; aque-

<sup>4</sup> Ver también Butler, 1990.

llas que extraen de este cuerpo un repertorio específico de gestos, posturas y movimientos; y aquellas dirigidas hacia la exhibición de este cuerpo como una superficie ornamentada. Examinaré la naturaleza de estas disciplinas, cómo ellas son impuestas y por parte de quién. Sondaré los efectos de la imposición de estas disciplinas en la identidad y la subjetividad femeninas. En la sección final, argüiré que estas prácticas disciplinarias deben entenderse a la luz de la modernización de la dominación patriarcal, una modernización que se desarrolla de manera histórica de acuerdo con el patrón general descrito por Foucault.

## II

Los estilos de la figura femenina varían a lo largo del tiempo y de una cultura a otra: reflejan obsesiones culturales y preocupaciones de modos que todavía entendemos muy deficientemente. Hoy en día, un cuerpo de mujer masivo, poderoso o abundante produce rechazo. El cuerpo actual de la moda es tenso, de busto pequeño, de caderas estrechas y de una delgadez que roza la demacración; es una silueta que parece más apropiada para un adolescente varón o una niña entrando a la pubertad que para una mujer adulta. Debido a que las mujeres comunes y corrientes normalmente tienen dimensiones muy diferentes, es obvio que deben hacer dieta.

Las revistas femeninas de circulación masiva publican artículos sobre las dietas en casi todos sus números. Después de las vacaciones de navidad que acaban con cualquier dieta y más tarde aún, antes de llegar a la temporada del verano con sus bikinis, los títulos de los artículos sobre el tema se hacen cada vez más estridentes y más imperiosos. El artículo se dirige a la lectora en el modo imperativo: ¡póngase en forma para el verano! ¡Deseche esa fea grasa del invierno con la nueva dieta de la toronja! Más mujeres que hombres visitan a dietistas, mientras que las mujeres acuden a grupos de autoayuda tales como Observando su Peso y Comilones Anónimos; en el caso de este últimos grupo la proporción de mujeres es de un 90% (Millman, 1980:46).

La dieta ejerce disciplina sobre el hambre del cuerpo: el apetito debe ser monitoreado en todo momento y

gobernado mediante una voluntad de hierro. Puesto que la necesidad inocente del organismo de recibir alimento no puede ser negada, el cuerpo se convierte en nuestro propio enemigo, un extraño decidido a hacer fracasar el proyecto disciplinario. La anorexia nervosa, que ha asumido proporciones epidémicas, es para las mujeres de fines del siglo XX lo que fue la histeria para las mujeres de un siglo anterior: la cristalización en modo patológico de una obsesión cultural generalizada (Bordo, 1986). Una encuesta realizada recientemente en la Universidad de California en los Ángeles dio resultados asombrosos: de 260 estudiantes entrevistados el 27.3% de las mujeres pero sólo el 5.8% de los hombres dijeron sentirse «aterrorizados de engordar»; el 28.7% de las mujeres pero sólo el 7.5% de los hombres dijeron sentirse obsesionados o totalmente preocupados con la comida. Las imágenes corporales de los hombres y las mujeres también eran marcadamente diferentes: el 35% de las mujeres pero solamente el 12.5 de los hombres decía sentirse gordas aunque otras personas les decían que estaban delgadas. En promedio, las mujeres de la encuesta querían tener 10 libras menos; los hombres sentían que estaban alrededor de una libra de su peso ideal. Un total del 5.9% de las mujeres cumplían todos los requisitos psiquiátricos para ser anoréxicas o bulímicas, pero ningún hombre estaba en este caso (USA Today, 1985).

La dieta es una disciplina que se le impone al cuerpo sometido a la «tiranía de la delgadez»; otra disciplina es el ejercicio.<sup>5</sup> Debido a que los hombres hacen ejercicio igual que las mujeres, no siempre es fácil en el caso de las mujeres distinguir lo que se hace para fines de un buen estado físico de aquello que se hace para obedecer los requerimientos de la feminidad. Los hombres al igual que las mujeres levantan pesas, hacen yoga, hacen gimnasia, y aeróbicos, aunque el «jazzercicio» es una actividad grandemente femenina. Los hombres y las mujeres por igual interactúan con una variedad de máquinas, cada una de ellas diseñada para extraer del cuerpo un esfuerzo diferente: hay máquinas Nautilus, máquinas de remar, ciclas estáticas y motorizadas, trampolines, bandas caminadoras, poleas para los brazos y para las piernas. Sin embargo, dada la obsesión femenina generalizada con el peso,

<sup>5</sup> Frase tomada del título del libro de Chernin, 1981, un examen de los trastornos alimenticios de las mujeres desde una perspectiva feminista.

surge la sospecha de que muchas mujeres están ejercitándose con estos aparatos en el gimnasio, con metas muy diferentes de las de los hombres.

Pero también hay clases de ejercicios dirigidos exclusivamente a las mujeres, diseñados no para afirmar el cuerpo ni reducir su tamaño, sino para reestructurar sus diversas partes como quien esculpe a partir de un modelo. M.J. Saffon, «experto internacional en belleza», nos asegura que sus dos ejercicios faciales básicos pueden borrar las arrugas de la frente, del ceño, exterminar las patas de gallina en el extremo del ojo, rellenar los cachetes flácidos y endurecer los músculos debajo de la barbilla. Hay ejercicios para fortalecer los senos y ejercicios para erradicar la «celulitis, la cual según los «asesores de la figura» es un tipo especial de gordura femenina. Existe el término «reducción en puntos específicos» un término paraguas que cubre a docenas de ejercicios torturantes para reducir «áreas problemáticas» como las «llantas o los conejos». La misma idea de reducción en sitios específicos es científicamente imposible y cruel, ya que crea expectativas en las mujeres que nunca pueden convertirse en realidad.

No sólo es el apetito natural o los contornos sin reconstrucción los que plantean un peligro para las mujeres: las mismas expresiones de la cara pueden subvertir el proyecto disciplinario de perfección corporal. Una cara expresiva se arruga más fácilmente que una inexpresiva. Por lo tanto, si las mujeres no pueden suprimir sus emociones, al menos pueden aprender a inhibir la tendencia de la cara a mostrarlas. Sofia Loren recomienda una solución peculiar al problema: Un trozo de cinta scotch aplicada a la frente en el entrecejo que dará tirones a la piel cuando uno frunza el ceño y por lo tanto nos recordará relajar los músculos faciales. La cinta debe utilizarse siempre que una mujer esté sola en su casa.

### III

Hay diferencias de género significativas en los gestos, las posturas, los movimientos, y en todo el comportamiento corporal en general: las mujeres están mucho más restringidas que los hombres en su modo de moverse y en su espacialidad vivida. En su trabajo clásico sobre el tema, Iris Young observa que un espacio imaginario parece rodear a las mujeres, quienes

se muestran renuentes a moverse más allá de él: esto se manifiesta tanto en una renuencia a estirarse y extender el cuerpo para contrarrestar las resistencias de la materia en movimiento (como sucede en los deportes y al realizar tareas físicas) así como en una postura típica constreñida y un estilo general de movimiento inhibido (Young, 1980). El espacio de la mujer no es un campo en el cual su intencionalidad corporal pueda realizarse libremente, sino un cerco en el cual ella se siente ubicada y por el cual se ve delimitada. «La mujer brincona» viola estas normas: su libertad corporal se manifiesta no sólo en su moral, sino en su manera de hablar, y de modo muy literal en la forma libre en que se mueve fácilmente.

En una serie extraordinaria de más de dos mil fotografías, muchas de ellas instantáneas tomadas en la calle, la fotógrafa alemana Marianne Wex ha documentado las diferencias de las posturas típicamente masculinas y femeninas. Las mujeres se sientan esperando los trenes con sus brazos pegados al cuerpo, las manos juntas, los dedos de los pies apuntando hacia delante o hacia adentro y las piernas muy juntas (Wex, 1979). Las mujeres de estas fotografías se empequeñecen y estrechan a sí mismas, haciéndose inofensivas, parecen tensas; ocupan poco espacio. Los hombres, por el contrario, se expanden el espacio disponible; se sientan con sus piernas abiertas totalmente y con los brazos proyectados hacia fuera a lado y lado del cuerpo. Las figuras más comunes de estos hombres sentados ocupan lo que Wex llama «la posición de oferta»: los hombres se sientan mostrando la entre pierna, las piernas abiertas a todo lo que dan, los pies apuntando hacia fuera, a menudo con un brazo y una mano suelta descansando cómodamente sobre el muslo extendido.

En proporción al tamaño total del cuerpo, el paso del hombre abarca más territorio que el de la mujer. Tiene más ritmo y más altura al pisar; sus dedos de los pies apuntan hacia afuera, sus brazos están más libres a los lados de su cuerpo; tiene la tendencia de apuntar con a mano entera en la dirección en la cual se mueve. La mujer sostiene sus brazos más pegados al cuerpo con las palmas de las manos paralelas al costado; su marcha es circunspecta. Si además sea sometido a la limitación adicional de los zapatos de tacón alto, su cuerpo se inclina hacia delante y se desequilibra: el esfuerzo para caminar bajo estas

condiciones hace que su paso sea aún más corto (Brown, 1984:184).

Pero el movimiento de la mujer se somete a una disciplina todavía más fina. Los rostros femeninos, tanto como los cuerpos, están adiestrados para expresar deferencia. Bajo el escrutinio masculino, las mujeres desvían la vista o la bajan; la mirada femenina ha sido adiestrada para no reclamar el estatuto soberano de quien ve. La muchacha «buena» aprende a evitar la mirada osada y sin restricciones de la mujer «libre» que mira a lo que quiere y a quien quiere mirar. Las mujeres también son adiestradas para sonreír más que los hombres. En la economía de las sonrisas como en otros aspectos, hay evidencia de que las mujeres son explotadas, ya que dan más de lo que reciben; en un estudio sobre elicitación de sonrisas, un investigador encontró que la tasa de devolución de sonrisas por parte de las mujeres era del 93%, mientras que la de los hombres era sólo de un 67% (Henley, 1977:176). En muchos trabajos típicos de las mujeres, la amabilidad, la deferencia, y la disposición al servicio son parte del trabajo; esto requiere que la trabajadora luzca una sonrisa en la cara durante la mayor parte de su día laboral, sea cual sea su estado emocional. La economía del tacto también está desequilibrada: los hombres tocan a las mujeres con mayor frecuencia y en más partes del cuerpo de las que las mujeres tocan a los hombres: las secretarías, obreras y meseras, reportan que de manera rutinaria los varones se toman libertades con sus cuerpos (Henley, 1977:108).

El movimiento femenino, la gestualidad, y la postura corporal no sólo deben exhibir constreñimiento, sino también gracia, y un cierto erotismo restringido por la modestia: los tres elementos tienen que estar presentes. Aquí tenemos el campo para el funcionamiento de todo un nuevo adiestramiento: la mujer debe mantener su estomago sumido cuando está de pie, los hombros algo inclinados hacia atrás, y el pecho proyectado hacia adelante, para exhibir el busto de manera ventajosa. Aunque debe caminar en la manera limitada que es apropiada para las mujeres, sus movimientos deben, al mismo tiempo combinarse con una sutil pero provocadora rotación de las caderas. Pero también es tabú el exceso de exhibición: a las mujeres que lleven vestidos cortos, muy escotados, se les dice que eviten inclinarse hacia delante, pero si deben hacerlo, que

tengan cuidado de no exhibir demasiada proporción del seno o del lomo. De vez en cuando, las revistas de moda ofrecen instrucciones muy precisas sobre la forma apropiada de subirse y bajarse de los automóviles. Estas instrucciones combinan los tres imperativos de limitación, gracia y erotismo; debe tratar de hacer sus movimientos con soltura (un logro respetable cuando uno está saliendo del asiento trasero de un Renault 4) y debe aprovechar la oportunidad de mostrar coquetamente una cierta extensión de pierna.

Todos los movimientos que hemos descrito hasta ahora son movimientos de sí; surgen desde dentro del propio cuerpo de la mujer. Pero de un modo que normalmente pasa inadvertido, los varones cuando están con su pareja pueden literalmente guiar a la mujer hacia todas las partes donde ella va: bajando la calle, dando la vuelta a la esquina, entrando a los ascensores, pasando por umbrales, sentándola en la silla frente a la mesa del comedor, y alrededor de la sala de baile. El movimiento del hombre «no es necesariamente pesado, agresivo ni físico en un sentido poco estético; es leve y gentil pero firme, en la misma forma en que los jinetes más seguros de sí mismos manejan a los caballos mejor entrenados» (Henley, 1977:149)

#### IV

Hemos examinado algunas de las prácticas disciplinarias que debe dominar una mujer en su búsqueda de un cuerpo que tenga el tamaño y la forma adecuados, y que también dé muestras de los estilos apropiados de motilidad femenina. Pero el cuerpo de la mujer es también una superficie ornamentada, y hay una gran disciplina involucrada también en su producción. Aquí, especialmente en la aplicación de maquillaje y la selección de ropas, convergen el arte y la disciplina, aunque, como demostraré más adelante, está en ello involucrado menos arte de lo que se podría suponer.

La piel de una mujer debe ser suave, tonificada, sin vellos y tersa; idealmente, no debe mostrar ninguna señal de uso, experiencia, edad o profundidad de pensamiento. El vello debe ser eliminado no solo en la cara sino también de grandes superficies del cuerpo, de las piernas y los muslos, una operación que se logra afeitándose, lijando con papel de lija muy fino, o aplicando depiladores de olor nauseabundo. Con los

nuevos trajes de baño y truzas muy reveladores de la pierna, se hace necesario eliminar también una cantidad considerable del vello púbico. La eliminación del vello facial puede ser aún más especializada. Las cejas se depilan arrancando los vellos de raíz con una pinza. En ocasiones se unta el bigote y las mejillas con cera caliente de la cual luego se tira violentamente cuando se enfría. La mujer que quiere un resultado más permanente puede probar con la electrólisis: esto involucra el matar la raíz del vello pasando una corriente eléctrica mediante una aguja que se inserta en la base del folículo. Este procedimiento es doloroso y caro.

El desarrollo de lo que un «experto en belleza» llama «buenos hábitos de cuidado de la piel» requiere no solamente atender a la salud, evitar expresiones faciales fuertes, y la realización de ejercicios faciales, sino también el uso regular de preparaciones para el cuidado de la piel, muchos de los cuales deben ser aplicados más de una vez al día.

Las máscaras faciales adecuadas también son complejas: pueden ser de azufre para las espinillas, de aceite caliente para las áreas secas; las que afirman la piel; las exfoliantes; máscaras de limpieza hechas de hierbas, harina de maíz o almendras; mascararas de lodo. Las mujeres negras pueden desear utilizar cremas blanqueadoras para «homogenizar el tono de la piel». Las preparaciones para el cuidado de la piel nunca se untan simplemente sobre la piel sino que deben aplicarse de acuerdo a reglas precisas en cuanto a la dirección de los movimiento, y el tipo de movimientos dependiendo de la zona de la cara: nariz, frente, alrededor de los ojos, etc.

El discurso normalizante de la medicina moderna es traído a cuento por la industria de los cosméticos para ganar credibilidad para sus afirmaciones. El doctor Cristiane Barnard le presta su enorme prestigio a la línea Glycel de «activadores de tratamiento celular». La computadora del mostrador de Clinique en cualquier almacén selecciona una combinación de preparaciones hechas a la medida para usted. Ultima II contiene «procolágeno» en su crema anti – envejecimiento para los ojos. La crema para los ojos de «Biotherm» mejora de manera dramática «las propiedades biomecánicas de la piel».

Las circunstancias ordinarias de la vida, tanto como una amplia variedad de actividades, producen crisis en

el cuidado de la piel y requieren un realce del régimen para su cuidado, así como nuevas capas de productos que deben ser aplicados. La disciplina del cuidado de la piel requiere un conocimiento especializado: la mujer debe saber qué hacer si ha estado esquiendo, o tomando medicamentos, o haciendo ejercicios vigorosos, o si ha estado navegando o nadando en piscinas llenas de cloro; o si se ha expuesto a contaminación, a habitaciones con calefacción, al frío, al sol, a tiempos borrascosos, a las cabinas presurizadas de aviones, saunas o baños turcos, a la fatiga o al estrés. Como el escolar o el prisionero, la mujer que domina los hábitos apropiados para el cuidado de la piel debe establecer un itinerario: Georgette Klinger demanda que se le dé atención al cutis por lo menos cuatro veces al día (Klinger y Rowes, 1978: 102, 105). El cuidado del cabello, como el de la piel, requiere una inversión similar de tiempo, del uso de una amplia variedad de productos, el dominio de un conjunto de técnicas y de nuevo, la adquisición de conocimiento especializado.

El pináculo del buen cuidado del cabello y de la piel, por supuesto, es el arreglo del cabello y la aplicación de cosméticos. Aquí se recapitula el régimen de cuidado al cabello, la piel, la manicure y la pedicure, pero de otra forma. La mujer debe aprender la manipulación adecuada de un gran número de dispositivos (secadores, cepillos calientes, planchas, encrespadores [...]) y la manera correcta de aplicar una amplia variedad de productos: base, tonificador, pestañina, sombra de ojos, rubor, lápiz labial, brillo labial, gel,... etc.

En el lenguaje de las revistas de modas y las propagandas de cosméticos, la aplicación de maquillaje se muestra como sí fuera una actividad estética en la cual la mujer puede expresar su individualidad. En realidad, aunque los estilos cosméticos cambian más o menos cada década, y aunque se permite alguna variación dependiendo de la hora o la ocasión, la aplicación de maquillaje en el rostro, de hecho, es una actividad altamente estilizada que permite muy poco margen para la expresión. Pintarse la cara no es como pintar un cuadro; en el mejor de los casos puede describirse como pintar el mismo cuadro una y otra vez con variaciones minúsculas. Se permite muy poca flexibilidad en lo que se considera un maquillaje adecuado para la oficina o para la mayoría de las ocasiones sociales; de hecho, la mujer que usa los cosméticos de

un modo genuinamente novedoso e imaginativo, no será vista como una artista sino como una excéntrica. Lo que es más, debido a que una cara maquillada se constituye en una insignia de aceptabilidad en la mayoría de los contextos sociales y profesionales, la mujer que decide no usar cosméticos en absoluto, se enfrentará a sanciones que nunca se le aplicarían a alguien que decida no pintar una acuarela.

## V

En todo esto, ¿estamos tratando meramente de un caso de diferencia sexual? No debemos pensarlo. Las prácticas disciplinarias que he descrito forman parte del proceso por medio del cual se construye el cuerpo femenino ideal (y por lo tanto la sujeto femenino ideal); al hacerlo, éstas prácticas producen un cuerpo (practicado y sometido), es decir, un cuerpo sobre el cual se ha inscrito un estatus inferior. La cara de una mujer debe ser maquillada, es decir, re – hecha así como su cuerpo: ella debe eliminar el sobrepeso; o hacer que sus labios sean más besables, su cutis más luminoso, sus ojos más misteriosos. El «arte» del maquillaje es un arte que disfraza, pero esto presupone que la cara de la mujer sin pintar, es defectuosa. Para el hombre puede ser suficiente el uso de agua y jabón, la afeitada y la atención rutinaria a la higiene; para ella no lo son. La estrategia de gran parte de la propaganda relacionada con la belleza es sugerirles a las mujeres que sus cuerpos son deficientes, pero aún sin una enseñanza explícita, las imágenes mediáticas de la belleza femenina perfecta con las cuales se nos bombardea diariamente no dejan duda en la mente de la mayoría de las mujeres en cuanto a sus deficiencias. Este fondo generalizado de defectuosidad corporal, contra el cual se desarrollan las tecnologías de la feminidad explican por qué estas prácticas son a menudo rituales compulsivos.

El proyecto disciplinario de la feminidad es una trampa: requiere medidas tan radicales y extensas de transformación corporal que virtualmente toda mujer que se entrega a ellas, está destinada en parte a fracasar. De este modo se añade una medida de vergüenza al sentido de la mujer de que su cuerpo es deficiente: ella ha debido cuidarse mejor, después de todo debiera haber trotado una milla más. Muchas mujeres no cuentan

con el tiempo ni los recursos para dotarse a sí mismas de lo mínimo que se requiere en los regímenes de belleza por ejemplo, una dieta decente. Aquí encontramos una nueva fuente de vergüenza para las mujeres pobres que deben cargar con lo que nuestra sociedad considera como la vergüenza general de la pobreza. La carga que llevan las mujeres pobres en este aspecto no es meramente psicológica, ya que el adecuarse a los criterios de aceptabilidad corporal es un factor en la movilidad económica.

Las disciplinas más amplias que construyen un cuerpo «femenino» a partir de un cuerpo de mujer no son para una sola raza o para una sola clase. No existe evidencia de que las mujeres de color o las obreras tengan un compromiso menor en la encarnación del ideal de feminidad que sus hermanas de clases más privilegiadas. Esto no significa que podamos negar las muchas formas en las cuales los factores de raza, clase, etnicidad, o gusto personal pueden expresarse en los tipos de prácticas que he descrito. Ya sea que una mujer obtenga sus cosméticos en un almacén económico en una boutique refinada, y que pertenezca a un gimnasio costoso o utilice el gimnasio para el hogar Bodyflex de costo muy barato, en ambos casos se está buscando el mismo resultado general.

En el régimen de la heterosexualidad institucionalizada, la mujer debe transformarse a sí misma a la vez en objeto y empresa para el hombre<sup>6</sup>. En la sociedad patriarcal contemporánea, dentro de la conciencia de la mayoría de las mujeres, reside un conoedor varón que equivale a un panóptico: ellas permanecen bajo su mirada y su juicio. La mujer vive su cuerpo como si este fuera visto por otro, por un Otro patriarcal anónimo. A menudo se nos dice que «las mujeres se visten para otras mujeres» hay algo de verdad en esto: ¿quién si no alguien que esté involucrado en un proyecto similar al mío puede llegar a apreciar mis éxitos al desarrollarlos? Pero las mujeres saben para quienes se juega este juego: ellas saben que una mujer joven bonita tiene más probabilidades de convertirse en azafata que una mujer fea, y que una mujer mayor pero bien conservada tiene mayores probabilidades de conservar su esposo que otra que se haya descuidado.

Aquí podría presentarse la objeción de que actuar

<sup>6</sup> «Se requiere de la mujer que a fin de realizar su feminidad ella deba convertirse a sí misma en objeto y presa, es decir que renuncie a plantearse como sujeto con soberanía» De Beauvoir, 1953, 1972: 642

para otro no necesariamente implica la inferioridad del actor en relación con aquel que verá la actuación: en el teatro, por ejemplo los actores dependen del público pero no son inferiores a él. Aunque la feminidad es ciertamente una escenificación, la analogía con el teatro no se sostiene por varias razones. En primer lugar, como ya dije antes la autodeterminación que es requisito para una carrera artística está ausente en este caso: la feminidad como un espectáculo para otros es algo que se le exige a virtualmente todas las mujeres. En segundo lugar la naturaleza precisa de los criterios mediante los cuales se juzga a las mujeres refleja grandes desequilibrios en el poder social de los dos sexos, desequilibrio que no es parte de la relación entre artista y público. Una estética de la feminidad, por ejemplo, que demanda la fragilidad y una falta de fuerza muscular, produce cuerpos femeninos que pueden ofrecer poca resistencia al abuso físico, y como sabemos el abuso físico de las mujeres por parte de los hombres es muy común. Es cierto que la tendencia actual ha permitido a las mujeres desarrollar más músculos de lo que anteriormente ocurría; de hecho, las imágenes de las mujeres mostrando músculos comienzan a aparecer en los medios de una manera erótica. Pero una mujer no puede desarrollar una fuerza muscular superior a la de su marido; si la novia aparece cargando el novio para cruzar el umbral se convierte en una figura de comedia no de romance<sup>7</sup>.

Bajo la actual tiranía de delgadez, se les prohíbe a las mujeres ser grandes o voluminosas, deben ocupar un espacio tan pequeño como sea posible. Los mismos contornos que asume el cuerpo femenino cuando una mujer madura (los senos más llenos y las caderas más redondas) han perdido su atractivo. El cuerpo que sirve de criterio para juzgar a la mujer y que ella debe tratar de conseguir mediante una rigurosa disciplina es el cuerpo de la primera adolescencia, ligero y sin muchas formas, un cuerpo sin mucha carne ni sustancia, en cuya misma silueta se inscribe la imagen de la inmadurez. El mismo requerimiento de que la mujer mantenga su piel suave y sin vellos también procede del tema de la inexperiencia, pues una cara infantilizada debe acompañar a su cuerpo infantilizado, una cara que nunca envejece ni arruga la frente para pensar. El

rostro de la mujer idealmente femenina no debe exhibir señales de carácter, sabiduría y experiencia que tanto admiramos en los hombres.

El éxito alcanzado en obtener un cuerpo bello o sexy, le da a la mujer atención y admiración, pero no un verdadero respeto y rara vez le permite alcanzar poder social. El esfuerzo de una mujer de dominar las disciplinas corporales femeninas carece de importancia precisamente porque es ella quien lo realiza: su actividad comparte la depreciación generalizada de todo lo femenino. A pesar de la presión incesante para que ellas «logren lo más que puedan con lo que tienen» las mujeres se ven ridiculizadas por la trivialidad de sus intereses en asuntos tan superficiales como la ropa y el maquillaje. Más aún, la estrecha identificación de la mujer con la sexualidad y el cuerpo en una sociedad que mira con sospecha a ambos elementos no permite que ellas aumenten su prestigio. Aún las mujeres con los cuerpos femeninos más idolatrados se quejan frecuentemente de su situación revelando que entienden que hay algo peyorativo en la atención que reciben. Actrices como Marilyn Moroe y Elizabeth Taylor han deseado apasionadamente ser consideradas artistas de la actuación y no meros «objetos sexuales».

Pero quizá esta inferiorización de los cuerpos de las mujeres es más evidente en la restricción de su motilidad: el lenguaje corporal típico de las mujeres, que es un lenguaje de tensión y constricción se considera un lenguaje de subordinación cuando es empleado por los hombres en jerarquías masculinas. En los grupos de hombres, aquellos que tienen un estatus superior de manera típica asumen posturas más relajadas: el jefe puede reclinarsse cómodamente detrás de su escritorio mientras que el que solicita trabajo se sienta tenso y rígido al borde de su asiento. Los individuos con un estatus más alto pueden tocar a sus subordinados más frecuentemente de lo que se les toca a ellos; ellos se sonríen con mucha menor frecuencia que sus inferiores, y también inician el contacto visual con otros con menor frecuencia (Henley, 1977: 101,153). Lo que se anuncia en el comportamiento de los superiores es su seguridad y especialmente su facilidad de acceso al Otro/Otra. Sin duda la restricción de los movimientos y la postura de las mujeres estaba

<sup>7</sup> La película *Pumping Iron II* muestra claramente la tensión que sufren las fisicoculturistas mujeres entre el desarrollo muscular y una apariencia femenina.

sobre determinada: el hecho de que muchas mujeres tienden a sentarse o a estar de pie con sus piernas, sus pies y sus rodillas juntos o tocándose, puede muy bien ser una declaración codificada de circunspección sexual en una sociedad que todavía mantiene una doble moral, o también un esfuerzo, así sea inconsciente, de proteger el área genital. En el segundo caso la postura apretada y constreñida de la mujer puede verse como la expresión de su necesidad de liberarse de ataques sexuales reales o simbólicos. Sea cual sea la proporción que debe asignarse en su demostración física al miedo o a la deferencia, una cosa está clara: el lenguaje corporal de la mujer habla elocuentemente, aunque en silencio, de su estatus subordinado en una jerarquía de género.

## VI

Si lo que hemos descrito es una genuina disciplina (un «sistema de micro poder que es esencialmente no igualitario y asimétrico») ¿quiénes entonces son los que pueden ejercer la disciplina? (Foucault, 1979:222) ¿Quién es el Sargento mayor en el régimen disciplinario de la feminidad? Históricamente la ley ha tenido alguna responsabilidad en su cumplimiento: en tiempos pasados, por ejemplo, los individuos que aparecían en público vestidos con las ropas del otro sexo podrían ser arrestados. Aunque a los travestis todavía se les acosa y hostiga, el tipo de disciplina que estamos considerando no es el que tiene que ver con la policía o con las cortes. Los padres y los maestros, por supuesto, tienen gran influencia, conminando a las niñas a ser modestas y a comportarse como damas, a sonreír con gracia, y a sentarse con las piernas juntas. La influencia de los medios también es generalizada, ya que construye una imagen del cuerpo femenino como espectáculo, y tampoco podemos ignorar el papel que desempeñan los «expertos de belleza» o personajes públicos emblemáticos como Jane Fonda o Lynn Redgrave.

Pero ninguno de estos individuos (la experta en cuidados de la piel, los progenitores, el policía) llega de hecho tener el tipo de autoridad que de manera típica se inviste en aquellos que manejan instituciones disciplinarias más directas. El poder disciplinar que inscribe la feminidad en el cuerpo femenino está en todas partes y en ninguna; disciplinarios son todos y

sin embargo ninguno en particular. Las mujeres que son consideradas como pasadas de peso, por ejemplo, reportan que usualmente se les conmina a hacer dieta, y algunas veces lo hacen personas que escasamente las conocen. Estos entrometimientos a menudo se suavizan con referencias a la belleza natural que esta esperando a emerger: «la gente siempre me ha dicho que yo tengo una cara bella y que ‘si acaso perdiera peso sería realmente bella’»(Millmanm 1980:80). Aquí, «la gente», amigos y conocidos por igual, actúan para hacer cumplir los criterios dominantes del tamaño del cuerpo.

Foucault tiende a identificar la imposición de la disciplina sobre el cuerpo con la operación de instituciones específicas, por ejemplo la escuela, la fábrica, la prisión. Esta tendencia, sin embargo, ha implicado ignorar hasta qué punto la disciplina puede estar desligada de las instituciones tanto como ligada a ellas.<sup>8</sup> La anonimidad del poder disciplinario y su amplia dispersión tienen consecuencias que son cruciales para una comprensión adecuada de la subordinación de las mujeres. La ausencia de una estructura formal institucional y de autoridades investidas con el poder de llevar a cabo directrices institucionales, crea la impresión de que la producción de la feminidad es o bien enteramente voluntaria o natural. Es instructivo recordar los diversos sentidos de «disciplina». Por una parte, la disciplina es algo impuesto en sujetos de un sistema de autoridad «esencialmente no igualitario y asimétrico». Los y las escolares, los convictos, y los reclutas están sometidos a la disciplina en este sentido. Pero la disciplina puede ser buscada voluntariamente también, cuando, por ejemplo, un individuo busca ser iniciado en la disciplina espiritual del budismo Zen. La disciplina, por supuesto, puede ser ambas cosas al tiempo: el voluntario puede buscar el adiestramiento físico y ocupacional ofrecido por el ejército sin que el ejército deje de ser en ningún sentido el instrumento por el cual él y otros miembros de su clase son mantenidos en sujeción disciplinada. La disciplina corporal femenina tiene este carácter dual: por un lado, a nadie se le obliga a hacerse electrólisis encañonándola con un rifle, ni podemos dejar de darnos cuenta de la iniciativa y la ingeniosidad desplegada por incontables mujeres en su intento de dominar los rituales de la belleza. Sin em-

<sup>8</sup> Le debo a Nancy Fraser la formulación de este punto.

bargo, en la medida en que en las prácticas disciplinarias de la feminidad producen un cuerpo «sometido y practicado», un cuerpo inferiorizado, deben ser entendidas como aspectos de una disciplina más amplia, un sistema desigual y opresivo de subordinación sexual. Este sistema busca convertir a las mujeres en dóciles y moldeables compañeras de los hombres del mismo modo en que el ejército busca convertir sus reclutas en soldados.

Ahora bien, la transformación de sí misma en un cuerpo adecuadamente femenino puede ser cualquiera de las cosas siguientes: un rito de paso hacia la adultez, la adopción y celebración de una estética particular, una forma de anunciar el nivel económico y el estatus social que una tiene, una forma de triunfar sobre otras mujeres en la competencia por los hombres o por trabajos, o una oportunidad de darse un enorme gusto narcisista. La construcción social del cuerpo femenino es todas estas cosas, pero en su base es disciplina, también, y disciplina del tipo no igualitario. La ausencia de disciplinarios formalmente identificables o de una tabla pública de sanciones, sólo sirve para disfrazar el grado en el cual el imperativo a ser «femenina» sirve a los intereses de la dominación. Esta es la mentira en la cual todos confluyen: ponerse maquillaje es sólo un juego artístico; el primer par de zapatos de tacón alto es una parte inocente del crecimiento y no el equivalente moderno del amarre a los pies en China.

¿Por qué no son feministas todas las mujeres? En las sociedades industriales modernas, las mujeres no modelan su conducta por temor a la violencia masculina de retaliación; su victimización no es la que sufre la mujer negra en Suráfrica. Tampoco es suficiente decir que una falsa conciencia engendrada en las mujeres por la ideología patriarcal está en la base de su subordinación femenina. No intento negar el hecho de que las mujeres a menudo sufren violencia masculina o que hoy hombres y mujeres por igual se sienten confundidos ideológicamente por disposiciones dominantes de género. En vez de ello, lo que quiero sugerir es que una adecuada comprensión de la opresión de las mujeres requerirá una apreciación de hasta qué punto no sólo las vidas de las mujeres si no sus mismas subjetividades están estructuradas dentro de un conjunto de prácticas sistemáticamente engañosas. La disciplina del cuerpo femenino es un caso emblemático: las

prácticas que construye este cuerpo tienen un objetivo expreso y un carácter aparente muy distante, de hecho radicalmente distinto, de su función encubierta. En este sentido, el sistema de subordinación de género, al igual que la negociación de los salarios bajo el capitalismo, ilustra en su propia forma la antigua tensión entre lo que es y lo que parece ser: las formas fenoménicas en las cuales se manifiesta son a menudo muy diferentes de las relaciones reales que conforman su estructura más profunda.

## VII

La falta de sanciones formales públicas no quiere decir que una mujer que no pueda o no desee someterse a la disciplina corporal apropiada no va enfrentarse a ninguna sanción. Por el contrario, ella se enfrenta a una sanción muy severa en un mundo dominado por los hombres: la falta de protección masculina. Para la mujer heterosexual, esto puede querer decir la pérdida de una intimidad que ella necesita; para las mujeres heterosexuales y para las lesbianas, por igual, puede querer decir la falta de un modo de vida decente.

Como se dijo antes, las mujeres se castigan a sí mismas también cuando no son como las otras. La literatura creciente sobre el tamaño corporal de las mujeres está llena de confesiones de vergüenza de parte de las mujeres que tienen sobrepeso:

Me sentía torpe y enorme. Sentía que podría chocar contra los muebles, voltear sillas, no poder entrar en carros pequeños, especialmente cuando las personas estaban tratando de amontonarse en el asiento trasero. Sentía que estaba acaparando toda la habitación... Me sentía repulsiva y descuidada. En el verano sentía calor y sudaba y sabía que la gente pensaba que mi sudor era evidencia de que estaba demasiado gorda.

Me sentía tan mal por la forma como luzco que rompí toda conexión con mi cuerpo. Yo funciono del cuello hacia arriba. No me miro en espejos. No quiero perder tiempo comprando ropa. No quiero perder tiempo con maquillaje porque para mí es doloroso mirarme (Millman, 1980:80, 195).

Ya no soporto mirarme. Siempre que tengo que estar de pie frente a un espejo para peinarme el cabello amarro una gran toalla alrededor de mi cuello. Inclusive de noche me pongo la camisa de

dormir antes de quitarme la blusa y los pantalones pero todo esto sólo ha hecho que las cosas sean peor y peor. Hace mucho tiempo que no me he mirado el cuerpo (Chernin, 1981:53).

La profundidad de la vergüenza de estas mujeres es una medida de hasta qué punto todas las mujeres han internalizado los criterios patriarcales de la aceptabilidad del cuerpo. Un examen más completo de lo que se quiere decir aquí como «internalización» puede darnos luces sobre la pregunta planteada anteriormente: ¿por qué no son feministas todas las mujeres?

Algo se «internaliza» cuando se incorpora en la estructura del yo. Con «estructura del yo» me refiero a aquellos modos de percepción y de auto-percepción que le permiten al yo distinguirse tanto de otras personas como de las cosas. He descrito en otros trabajos como un testigo masculino generalizado llega a estructurar la conciencia de sí misma de una mujer como un ser corporizado. Esto, entonces, es un significado de «internalización». El sentido de una misma como un individuo diferente y valioso no sólo estaba relacionado con el sentido de cómo una es percibida, sino también a lo que una sabe, especialmente con lo que una sabe hacer; este es un segundo sentido de «internalización». Sea cual sea su efecto último, la disciplina puede darle al individuo al cual se le impone, un sentido de dominio a la vez que un sentido seguro de identidad. Aquí hay una cierta contradicción: mientras que su imposición puede promover un desempoderamiento más amplio, la disciplina puede conllevar un cierto desarrollo de los poderes de una persona. Las mujeres, entonces, como otros individuos con habilidades, tienen intereses en la perpetuación de sus destrezas, independientemente de lo que les haya costado adquirirlas y de la pregunta de si, como género, a ellas les habría ido mejor si nunca las hubieran adquirido en primer lugar. Por lo tanto, el feminismo, especialmente un feminismo genuinamente radical que cuestiona la construcción patriarcal del cuerpo femenino, amenaza a las mujeres con despojarlas de algunas de sus destrezas, algo que las personas normalmente se resisten a permitir: aún más, cuestiona ese aspecto de la identidad personal que está relacionado con el desarrollo de un sentido de competencia.

La resistencia que proviene de aquí puede unirse a una renuencia a perder las recompensas del asentimiento; más aún, muchas mujeres se resistirán abandonar una estética que define lo que para ellas es ser bellas. Pero hay aún otra fuente de resistencia, quizá más sutil, pero de nuevo relacionada con asuntos de identidad e internalización. Tener un cuerpo que sentimos «femenino», un cuerpo construido socialmente mediante las prácticas adecuadas, en muchos casos es crucial para el sentido de la mujer de sí misma como femenina, y debido a que las personas actualmente sólo pueden ser femeninas o masculinas, para su sentido de sí misma como una individuo existente. El poseer tal cuerpo puede también ser esencial para su sentido de sí misma como una sujeta sexualmente deseante y deseable. Por lo tanto, cualquier proyecto político que busque dismantelar la maquinaria que convierte al cuerpo de la mujer en un cuerpo femenino puede ser visto por una mujer como algo que la amenaza con dessexualizarla, o incluso, con aniquilarla.

Las categorías de masculinidad y feminidad hacen más que asistir en la construcción de las identidades personales; son elementos críticos en nuestra ontología social informal. Esto puede explicar hasta cierto punto el fenómeno de la homofobia, que de otro modo sería extraño, y explicar la repulsión que muchos y muchas sienten al ver el cuerpo de las físico-culturistas mujeres. Ni la homosexual ni la mujer musculosa pueden asimilarse fácilmente en las categorías que estructuran nuestra vida cotidiana. La crítica radical de la feminidad, entonces, puede plantear una amenaza no sólo para el sentido de la mujer de su propia identidad y deseabilidad sino también para la misma estructura de su universo social.

Por supuesto, muchas mujeres sí son feministas, y están de acuerdo como un programa de reformas económicas y políticas en la lucha para lograr la igualdad de oportunidades con los hombres.<sup>9</sup> Pero muchas feministas «reformistas» o liberales, y de hecho, muchas marxistas ortodoxas, están comprometidas con la idea de que la preservación de la feminidad de una mujer es totalmente compatible con su lucha por su liberación.<sup>10</sup> Estos pensadores han rechazado una

<sup>9</sup> Para ver un argumento que afirma que el proyecto del feminismo liberal adolece de un racismo encubierto, consultar Hooks, 1981, capítulo 4. Para una crítica general del feminismo liberal, véase Jaggar, 1983, capítulos 3 y 7.

<sup>10</sup> Véase por ejemplo Markovic, 1976: 165-166.

feminidad normativa basada en la ideal de «esferas separadas» y la división sexual tradicional del trabajo, aceptando al mismo tiempo los estándares convencionales de apariencia corporal femenina. Si mi análisis es correcto, tal feminismo es incoherente. Foucault ha argüido que la democracia burguesa moderna estaba profundamente equivocada al buscar derechos políticos para los individuos que son constituidos como dominados por una variedad de micro poderes disciplinarios que yacen más allá del dominio de lo que ordinariamente se define como «lo político». «El hombre que se nos describe como aquel a quien le invitamos a ser libre», nos dice, «ya es en sí mismo el efecto de una sujeción mucho más profunda que el mismo» (Foucault, 1979:30). Si, como he argüido, la subjetividad femenina se constituye en gran medida a través de prácticas disciplinarias que construyen el cuerpo femenino, lo que Foucault nos dice aquí de «el hombre» es quizá aún más cierto de «la mujer». Los marxistas han mantenido desde el principio que un feminismo puramente liberal es inadecuado: hemos alcanzado la misma conclusión siguiendo una ruta diferente, creando dudas al mismo tiempo sobre la adecuación de las prescripciones marxistas tradicionales para la liberación de la mujer. Los liberales buscan derechos iguales para las mujeres, los marxistas tradicionales buscan la entrada de las mujeres en la producción de manera igual con los hombres, la socialización del trabajo doméstico y la revolución proletaria; ninguno de los dos grupos busca la deconstrucción de las categorías de masculinidad y feminidad.<sup>11</sup> La feminidad como un cierto «estilo de la carne» tendrá que ser superada en dirección de algo completamente diferente, no la masculinidad, que de muchas formas es sólo su opuesto en un espejo, sino una transformación radical y aun inimaginada del cuerpo femenino.

### VIII

Foucault ha argüido que la transición de las sociedades tradicionales a las modernas se ha caracterizado por una profunda transformación del ejercicio del poder, por lo que él llama «una inversión del eje político de la individualización» (Foucault, 1979:44). En sistemas autoritarios más antiguos, el poder estaba incor-

porado en la persona del monarca y se ejercía sobre un cuerpo generalmente anónimo de sujetos; la violación de la ley se veía como un insulto al individuo real. Mientras que los métodos empleados para lograr aquiescencia en el pasado eran a menudo totalmente brutales, e involucraban fuertes asaltos contra el cuerpo, el poder en tal sistema operaba en una forma no sistemática y discontinua; gran parte de la totalidad social permanecía afuera de su alcance.

Por contraste, la sociedad moderna ha visto la emergencia de aparatos cada vez más invasivos de poder: estos ejercen un control social y psicológico más restrictivo de lo que era posible hasta entonces. En las sociedades modernas, los efectos de poder «circulan mediante canales cada vez más finos, logrando acceso a los mismos individuos, a sus cuerpos, a sus gestos y a todas sus acciones cotidianas» (Foucault, 1980:151. Citado en Dews, 1948:17). El poder ahora busca transformar las mentes de aquellos individuos que podrían verse tentados a resistirse a él, no meramente a castigar o aprisionar sus cuerpos. Esto requiere dos cosas: un control más fino del tiempo y los movimientos del cuerpo: un control que no puede lograrse sin una vigilancia incesante y una mejor comprensión de la persona específica, de la génesis y naturaleza de su «caso». El poder que estos nuevos aparatos buscan ejercer requiere un nuevo conocimiento del individuo: nace en la psicología y la sociología modernas. Ya sea que los nuevos medios de control estén a cargo de la corrección, la producción, la educación, o de suministrar bienestar, se parecen entre sí; ejercen el poder de una manera burocrática: sin rostro, de manera centralizada, y generalizada. Se ha producido una inversión: el poder ahora se ha vuelto anónimo, mientras el proyecto de control ha dado lugar a una nueva individualidad. De hecho, Foucault cree que la operación del poder constituye de la misma subjetividad del sujeto. Aquí, volvemos a la imagen del panóptico: sabiendo que puede ser observado desde la torre en cualquier momento, el recluso se hace cargo del trabajo de ejercer un control policivo sobre sí mismo. La mirada que está inscrita en la misma estructura de la institución disciplinaria es internalizada por el recluso: las tecnologías modernas de conducta por lo tanto están

<sup>11</sup> Algunas feministas radicales han pedido exactamente este tipo de deconstrucción. Véase especialmente Witting, 1976 y Butler, 1990.

orientadas hacia la producción de sujetos aislados y que se autocontrolan (Dews, 1948:77).

Las mujeres tienen su propia experiencia de la modernización del poder, que comienza más tarde pero sigue en muchos aspectos el curso detallado por Foucault. De muchas maneras importantes, la conducta de una mujer está menos regulada ahora de lo que estaba en el pasado. Ella tiene mayor movilidad y está menos confinada en el espacio doméstico. Disfrutaban lo que para generaciones previas habría sido una libertad sexual inimaginable. El divorcio, el acceso al trabajo asalariado fuera del hogar, y la secularización creciente de la vida moderna han roto el dominio que la familia tradicional tenía sobre ella, así como, a pesar de un cierto renacer fundamentalista, el dominio de la iglesia. El poder en estas instituciones era ejercido por individuos que ella conocía. Los esposos y los padres ejercían la autoridad patriarcal en la familia. Al igual que en el antiguo régimen, el cuerpo de una mujer estaba sujeto a sanciones si ella desobedecía. No era el individuo real, como en Foucault, sino el Individuo Divino el que decretaba que el deseo de ella fuera siempre «para su esposo», mientras que la persona del sacerdote le hacía saber las intenciones más específicas de Dios sobre su lugar y sus deberes. En los días cuando las autoridades civiles y eclesiásticas todavía coincidían, los individuos formalmente investidos de poder tenían la obligación de corregir a las mujeres recalcitrantes a quienes la familia de alguna forma había fracasado en constreñir.

Por contraste, el poder disciplinario que cada vez más tiene a su cargo la producción de una feminidad adecuadamente incorporada, es disperso y anónimo; no hay individuos que tengan el poder formal para desempeñar esta tarea; como hemos visto, este poder está investido en todos y en nadie en particular. Este poder disciplinario es peculiarmente moderno: no depende de sanciones violentas ni públicas, ni busca restringir la libertad del cuerpo femenino del desplazarse de un lugar a otro. A pesar de todo ello, su invasión del cuerpo es casi total: el cuerpo femenino entra en «una maquinaria de poder que lo explora, lo descompone y lo recompone» (Foucault, 1979:138). Las técnicas disciplinarias a través de las cuales los «cuerpos dóciles» de las mujeres se construyen, buscan una regulación que es perpetua y exhaustiva: una regulación

del tamaño y contorno del cuerpo, de sus apetitos, de sus posturas, sus gestos, y en general de su comportamiento en el espacio y la apariencia de cada una de sus partes visibles.

A medida que las sociedades industriales cambian y que las mujeres mismas ofrecen resistencias al patriarcado, se erosionan las formas de dominación. Pero surgen nuevas, y éstas se extienden y se consolidan. A las mujeres ya no se les requiere ser castas o modestas, restringir su esfera de actividad al hogar, ni siquiera cumplir su destino adecuadamente femenino de la maternidad: la normatividad femenina se está centrando cada vez más en el cuerpo de la mujer, no en sus deberes y obligaciones ni incluso en su capacidad de dar a luz hijos, sino en su sexualidad, más precisamente en su apariencia que se presume heterosexual. Por supuesto, que la preocupación de las mujeres con la belleza y la juventud no es nada nuevo. Lo que es nuevo es el creciente poder de la imagen en una sociedad cada vez más orientada hacia los medios visuales. Las imágenes de la feminidad normativa, podría decirse, han reemplazado a los manuales de orientación religiosa del pasado. También es nuevo el alcance de esta disciplina a las mujeres de todas las clases sociales, y a lo largo de todo el ciclo de vida. Lo que era antiguamente la especialidad de la aristócrata o la cortesana es ahora la obligación rutinaria de toda mujer, sea ella una abuela o una muchacha en la pubertad.

Someterse al nuevo poder disciplinario es estar al día, estar «in»; como he argüido, se nos presenta en formas que generalmente están encubiertas. Es plenamente compatible con la necesidad actual del trabajo asalariado de las mujeres, con el culto a la juventud y al cuerpo delgado y tonificado, y con la necesidad del capitalismo avanzado de mantener altos niveles de consumo. Aún más, representa un ahorro en la economía del disciplinamiento: debido a que son las mujeres mismas quienes practican esta disciplina en sus propios cuerpos y contra ellos, los hombres quedan totalmente exonerados de responsabilidad.

La mujer que se mira al espejo una docena de veces al día para chequear su maquillaje, que se preocupa de que el viento o la lluvia pueden dañarle el peinado, que mira con frecuencia a ver si y sus medias caladas forman bolsas en el tobillo, o que, sintiéndose gorda,

controla todo lo que come, se ha convertido, exactamente igual al recluso del panóptico, en un sujeto que se auto controla, una sí misma comprometida con una auto vigilancia implacable. Esta auto vigilancia es una forma de obediencia al patriarcado. Es también el reflejo en la conciencia de una mujer del hecho de que ella está bajo vigilancia de maneras en que él no lo está, de que a pesar de todo lo que ella logre, ella es de manera importante un cuerpo diseñado para agrandar o para excitar. Por tanto, en las palabras de Foucault, se les ha inducido a muchas mujeres «un estado de visibilidad consciente y permanente que asegura que haya un funcionamiento automático del poder» (Foucault, 1979:201). Debido a que los estándares de la aceptabilidad corporal de la mujer son imposibles de cumplir plenamente, ya que requieren prácticamente trascender lo natural, la mujer puede vivir gran parte de su vida con un sentimiento generalizado de deficiencia corporal. Por lo tanto, el control más estricto sobre su cuerpo ha logrado una nueva forma de dominio sobre su mente.

Foucault a menudo escribe como si el poder constituyera a los mismos individuos sobre los cuales opera:

El individuo no debe ser concebido como un tipo de núcleo elemental, un átomo primitivo, un material múltiple e inerte sobre el cual el poder se ha adherido o contra el cual casualmente golpea... De hecho, es uno de los efectos primordiales del poder el que ciertos cuerpos, ciertos gestos, ciertos discursos, ciertos deseos, lleguen a ser identificados y constituidos como individuos (Foucault, 1980:98).<sup>12</sup>

Sin embargo, si los individuos estuvieran plenamente constituidos por el régimen de poder/saber que describe Foucault, no tendría ningún sentido hablar de resistencia o de disciplina en absoluto. En ocasiones Foucault parece estar a punto de privarnos de tener un vocabulario con el cual conceptualizar la naturaleza y el significado de esas periódicas negaciones al control que, tanto como la imposición del control, marcan el curso de la historia humana.

Peter Dews acusa a Foucault de no tener una teoría del «cuerpo libidinal», es decir, el cuerpo sobre el cual se impone la disciplina y cuyo impulso más profundo hacia la espontaneidad y el placer podría quizá convertirse en el lugar de la resistencia (Dews, 1948:92). ¿No se rebelan, entonces, los cuerpos «libidinales» de las mujeres contra el dolor, la constricción, el tedio, el hambre, y la constante auto vigilancia a las cuales se les condena actualmente? Ciertamente que si lo hacen, pero la rebeldía se abandona cada vez que una mujer toma su depilador de cejas o se embarca en una nueva dieta. La dureza del régimen por sí sola no garantiza que sea rechazado, pues las aflicciones se aguantan si se piensa que son necesarias o inevitables.

Mientras que «la naturaleza» en la forma de un cuerpo «libidinal», quizá no sea el origen de una rebelión contra «la cultura», la dominación y la disciplina que ella requiere nunca se imponen sin algún costo. En la historia, las formas y ocasiones de resistencia son múltiples. En ocasiones, algunas instancias de resistencia parecen surgir a partir de la introducción de algunos factores nuevos y conflictivos en las vidas de los dominados: la yuxtaposición de lo viejo y lo nuevo y la incoherencia resultante o «contradicción» puede hacer que la sumisión a las viejas costumbres parezca cada vez más innecesaria. En la instancia actual, lo que puede ser un factor importante en la objetificación implacable y creciente de los cuerpos femeninos, es decir, la independencia cada vez mayor de las mujeres, produce en muchas de ellas un sentido de incoherencia que cuestiona el sentido y la necesidad de la disciplina actual. A medida que algunas mujeres, aunque sea una pequeña minoría, comienzan a realizarse en una autodeterminación política, económica, y sexual sin precedentes, caen de modo cada vez más completo, bajo la mirada dominadora del patriarcado. Es esta paradoja, no el «cuerpo libidinal» el que produce, aquí y allá, focos de resistencia.

En el clima político actual, no es razón para esperar una resistencia generalizada a los modos actualmente aceptados de la corporización femenina, o una experimentación gozosa con nuevos «estilos de la carne»; además, tales novedades se enfrentarían a una profunda

<sup>12</sup> De hecho, Foucault no es totalmente consistente en relación con este asunto. Para una excelente discusión de interpretaciones contrastantes sobre Foucault, y para constatar la dificultad de derivar un conjunto consistente de posiciones de la obra en general de Foucault, véase Fraser, 1985: 165-184.

oposición de fuentes materiales y psicológicas identificadas anteriormente en este ensayo (ver sección VII). A pesar de ello, en años recientes han aparecido varios discursos y prácticas de oposición. Un número cada vez mayor de mujeres está ejercitándose con pesas, algunas con muy poco interés por conservar los límites de desarrollo corporal que imponen los cánones actuales de feminidad. Algunas mujeres en comunidades lesbianas radicales también han rechazado las imágenes hegemónicas de feminidad y están luchando por desarrollar una nueva estética femenina. Un rasgo impactante de tales comunidades es que han superado en gran parte la identificación opresiva de la belleza femenina con la juventud: aquí, los rasgos físicos del envejecimiento, como las arrugas y las canas, no sólo no disminuyen el atractivo de una mujer, sino que incluso pueden realzarlo. Hay una literatura popular de resistencia que está creciendo, algunas obras analíticas y reflexivas,

como *La obsesión* de Kim Chernin, otras orientadas hacia la auto ayuda práctica, como la obra reciente de Marcia Hutchinson *Transformando la imagen corporal: aprender a amar el cuerpo que una tiene*.<sup>13</sup> Esta literatura refleja un estado de ánimo que en cierto modo se parece a aquel otro de callada desesperación al cual le dio voz Betty Friedan en *La mistificación femenina*. Tampoco debemos olvidar que hay un movimiento de mujeres con base en las masas en este país que ha comenzado un cuestionamiento crítico sobre el significado de la feminidad, si no en este dominio, sí en otros aspectos de la vida. Nosotras las mujeres no podemos comenzar a re-considerar nuestros propios cuerpos hasta que aprendamos a leer los mensajes culturales que nosotras inscribimos en ellos diariamente, y hasta que lleguemos a saber que incluso cuando el dominio de las disciplinas de feminidad produce un resultado triunfante, seguimos siendo sólo mujeres.

<sup>13</sup> Véase See Marcia Hutchinson, *Transforming Body Image – Learning to Love the Body You Have* (Trumansburg, N. Y.: Crossing Press, 1985). Véase también Bordo, *Anorexia Nervosa: Psychopatology as the Crystallization of Culture*

## Referencias Bibliográficas

BORDO, Susan (1986) Anorexia Nervosa: Psychopathology as the Crystallization of Culture («Anorexia nervosa: psicopatología como la cristalización de la cultura»). *Philosophical Forum*, Vol. XVII, No 2.

BROWN, Susan (1984) *Femininity*. New York: Simon Schuster.

BUTLER, J. (1985) «Embodied Identity in De Beauvoir's *The Second Sex*,» («Identidad encarnada en el segundo sexo de Simone de Beauvoir»). Manuscrito sin publicar presentado a la Asociación Filosófica Americana, División Pacífica, Marzo 22

BUTLER, Judith, 1990. *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.

CHERNIN, Kim (1981) *The Obsession: Reflections on the Tyranny of Slenderness (La obsesión: reflexiones sobre la tiranía de la delgadez.)* New York: Harper.

DE BEAUVOIR, Simone (1953, 1972) *The Second Sex*. Tr. H. M. Parshley. London: Penguin Books.

DEWS, Peter (1948) «Power and Subjectivity in Foucault». *New Left Review*, No. 144, March – April.

FOUCAULT, M. (1979) *Discipline and Punish*. New York: Vintage Books.

FOUCAULT, M. (1980) *Power / Knowledge*. Colin Gordon (Ed.) Brighton.

FRASER, Nancy (1985) «Michel Foucault: A Young Conservative?» *Ethics*, Vol. 9 (?) October.

HENLEY, Nancy (1977) *Body Politics (Política del*

*Cuerpo)*. Nueva Jersey: Prentice – Hall.

HOOKS Bell (1981) *Ain't I woman: Black Woman and Feminism*. Boston: South End Press.

HUTCHINSON, See Marcia (1985) *Transforming Body Image – Learning to Love the Body You Have* Trumansburg, N. Y.: Crossing Press.

JAGGAR, Alison (1983) *Feminist Politics and Human Nature*. Totowa, N. J: Rowman and Allanheld.

KLINGER, Georgette and Rows, Barbara (1978) *Georgette Klinger's Skincare*. New York: William Morrow

MARKOVIC, Mihailo (1976) «Woman's Liberation and Human Emancipation». In: *Women and Philosophy*. Carol C. Gould and Marx W. Wartofsky (Eds.) New York: G.P. Putnam's Sons.

MILLMAN, Marcia (1980) *Such a Pretty Face – Being Fat in America*. New York: Norton.

USA Today (Periódico nacional de Estados Unidos) Mayo 30, 1985.

WEX, Marianne (1979) *Let's Take Back Our Space: «Female» and «Male» Body Language as a Result of Patriarchal Structures (Recuperemos nuestro espacio: lenguajes corporales femeninos y masculinos)*. Berlín: Hermine Fees.

WITTING, Monique (1976) *The Lesbian Body*. New York: Avon Books.

YOUNG, Iris (1980) «Throwing Like a Girl: A Phenomenology of Feminine Body Comportment, Motility and Spatiality». *Human Studies*, Vol. 3.